



ALBUM DE SEÑORITAS

Y CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Pocos asuntos podrian hoy ocupar mas útil y dignamente á nuestra sociedad, como el de la conveniencia de las antiguas ó modernas costumbres de la mujer.

Objeto es de discusion magnífica, y digna de nuestras mayores notabilidades literarias, ese paralelo en que, presentando por una parte la mujer de los siglos XVII y XVIII, y por la otra la de nuestros días, se deduzcan las ventajas de una y otra educacion y sus consecuencias.

No vamos á presentar *ex-cátedra* nuestro juicio; vamos á formar el proceso, y sentenciarán nuestras lectoras; solo sí, haremos las ligeras observaciones que nos sugiere tan preciosa cuestion, y procuraremos presentar en relieve la mujer de una y otra época.

Pero dejemos á persona mas autorizada presentarla. Para que tenga mas fuerza lo que esponemos, oigamos al sencillo y eminente Moratin en su *Escuela de los*

Maridos, traduccion de la que con el mismo título escribió el inmortal Moliere. En ella se presentan dos jóvenes, Rosa y Leonor, educadas por dos hermanos, sus tutores, que quieren hacerlas sus esposas, proponiéndose D. Gregorio un sistema opuesto al de D. Manuel, á quien dice estas palabras:

—«Tú consientes que la tuya sea despojada, y libre y pizpereta: séalo en buen hora. Permites que tenga criadas, y se deje servir como una señorita; lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar, ir á visitas, y oír las dulzuras de tanto enamorado zascandil: muy bien hecho. Pero yo pretendo que la mia viva á mi gusto, y no al suyo; que se ponga un juboncito de estameña; que no me gaste zapaticos de color, sino los dias en que repican recio; que se esté quietecita en casa, como conviene á una doncella virtuosa; que acuda á todo; que barra, que limpie; y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y me haga calceta. Esto es lo que quiero; y que nunca oiga las tiernas quejas de los mozalvetes antojadizos; que no hable con nadie, ni con el gato, sin tener escucha; que no salga de casa jamás sin

llevar escolta.... La carne es frágil, señor mio; yo veo los trabajos que pasan otros; y puesto que ha de ser mi mujer, quiero asegurarme de su conducta, y no esponerme á aumentar el número de los maridos zanguangos.»

D. Manuel le contesta despues de este modo:

—«Su sexo necesita un poco de libertad, Gregorio, y el rigor excesivo no es á propósito para contenerle. La virtud de las esposas y de las doncellas no se debe ni á la vigilancia mas suspicaz, ni á las celosías, ni á los cerrojos. Bien poco estimable sería una mujer si solo fuese honesta por necesidad y no por elección. En vano queremos dirigir su conducta, si antes no procuramos merecer su confianza y su cariño. Yo te aseguro, que á pesar de todas las precauciones imaginables, siempre temería que peligrase mi honor en manos de una persona á quien solo faltase ocasion de ofenderme, si por otra parte le sobran los deseos. Insisto en que es menester instruir á la juventud con la risa en los lábios, reprender sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud, no que á su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educacion de Leonor. Nunca he mirado como delito sus desahogos inocentes, nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad, y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de arrepentirme. La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones, que baile, que frecuente los teatros, porque en mi opinion (suponiendo siempre los buenos principios) contribuye mucho á rectificar el juicio de los jóvenes. Y á la verdad, si hemos de vivir en el mundo,

la escuela del mundo instruye acaso tanto como los libros mas doctos. Su padre dispuso que fuera mi mujer; pero estoy bien lejos de tiranizarla; para ninguna cosa la daré mas libertad que para esta resolucion, porque no debo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los míos. Mas quiero verla ajena, que poseerla á costa de la menor repugnancia.»

El resultado de uno y otro sistema de educacion se vé en la comedia. D. Gregorio adquirió un terrible desengaño; don Manuel no tuvo que arrepentirse de la decorosa libertad que concedió á su pupila.

El libro del mundo, en efecto, es en el que debe leerse; porque es el que instruye, el que enseña á caminar con acierto por una senda llena de falsía, de engaños y de perdicion. Pero hay que saber leer en ese libro que, aunque abierto para todos, puede inducir á errores deplorables, á desgracias funestas. Acúdase á esa escuela de todos los días, de todas las horas, escudados en una mediana instruccion y no pequeña virtud; y las lecciones que se reciban serán fecundas en honrosos resultados.

No manifestamos por esto que se dé rienda suelta á la instruccion; sería dar en el extremo opuesto que se quiere evitar, y justificar la rigidez de la educacion antigua, que no condenamos ahora completamente, porque hemos dicho al principio que no sentenciábamos; lo cual harémos quizá cuando nos ocupemos con mas detenimiento de asunto tan importante á nuestra sociedad, que empieza á considerar debidamente lo que tanto la interesa, pues no puede prescindir de ejercer el justo y natural ascendiente que tiene en todos los pueblos civilizados.

A. Pirala.

LITERATURA.

A mi querida Hermana

—LA—

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

Tiende hácia mi tus brazos, Rogelia, hermana mía,
Y oprime con tu seno mi herido corazón:
Mitiga con tu halago mi afán y mi agonía,
Dejando mis tormentos un día en suspensión.

Ven, y á tu patria hermosa me llevarás contigo,
Hoy que extranjera vivo dó quier siento mi pié:
Tus fuentes y palmeras daránme paz y abrigo,
Ya que en mi oscuro valle dó reposar no sé.

Aquí, tórtola triste, ni las salvajes peñas
Me ofrecen sombra amiga donde poder llorar:
Mi tierra es un espacio sin árboles ni breñas,
Ni flores, ni corrientes de blando murmurar.

Aquí todo se viste de fúnebres colores:
La aurora muestra apenas su bello rosielér;
Y en lagos misteriosos sus pálidos fulgores
La luna no riela en noches de placer.

Los tiernos ruiseñores, ni las calandrias bellas
No entonan en la selva de amores su canción:
Aquí oprimen las frentes, Rogelia, las estrellas,
Y son ¡ay! los recuerdos dogal del corazón.

Así, mi dulce hermana, ven, llévame contigo
A las orillas frescas del Duero y el Genil;
Tal vez halle la dicha con el ansiado abrigo
En los desiertos lares del misero Boabdil.

Allí, bajo los régios, dorados artesones
De la arabesca Alhambra los días pasaré,
Y el duelo de aquel pueblo de inmensas creaciones,
Al paso que mis penas, cantando lloraré.

Que si tan solo ruinas su gran valor ostentan,
Los ecos de las ruinas nos suelen revelar
Mas hechos en un día que las historias cuentan
En siglos, si sus notas sabemos descifrar.

Y como yo de ruinas mi espíritu alimento,
Y en ruinas mi esperanza la muerte convirtió,
Sabré leer sin dudas en un leve fragmento
La historia que en sus piedras el musulman grabó.

Y cuando esté cansada de tristes emociones
Y de llorar las cuitas del pueblo de Ismael,
Iré á buscar, hermana, alivio en tus canciones
Por la encantada Vega, de cármenes verjel.

Allí al arrullo blando de la nocturna brisa
En un fragante lecho de lirios del Eden,
Gustando los perfumes del sándalo y la luisa,
Y en rosas y jazmines posada nuestra sien,

Tus brazos con los míos formando estrecho lazo;
Latiendo nuestros pechos con una pulsación;
Las almas confundidas en un místico abrazo;
De dicha rebosando el tierno corazón,

La noche pasaremos, del mundo retiradas,
Con una sola idea, la gloria y nuestro amor:
Que almas cual las nuestras, de padecer cansadas,
En un placer tan casto olvidan su dolor.

Y como tú conoces las fúlgidas estrellas,
Que bordan de tu cielo el pabellón azul,
Y sabes qué corrientes de todas son más bellas,
Y en cuáles ramas trina el plácido bulbul;

Me mostrarás de aquellas la más esplendorosa,
Llevándome á las fuentes de blando murmurar,
Y al bosque de laureles dó exhala cadenciosa
La dulce filomena de amores su cantar.

Entonces lleno el pecho de ardiente poesía,
Elevaré en el viento robusta mi canción,
Y olvidaré en tus brazos mi afán, y la agonía
Que oprime en este suelo mi triste corazón.

Oh! ven, hermana mía, y llévame contigo
A ver lo que apetezco con ansiedad febril;
Verás como la dicha y el deseado abrigo
Encuentro en las orillas del límpido Genil.

— VICENTA GARCÍA MIRANDA.

EL AUTÓMATA.

NOVELA.

*Por Doña Bobustiana Armiño.**(Continuacion.)*

Lisbeth bailaba de gozo, corriendo como una loca por la tienda, pero el relojero dejó caer la cabeza entre sus dos manos, y permaneció en silencio algunos minutos, sin apercibirse de nada de cuanto pasaba en derredor suyo. Cuando se incorporó estaba completamente abatido, y aquel rayo de animación febril que brillara en sus ojos, se había cambiado en una tristeza profunda.

—Lisbeth, hija mia, dijo al fin, pon las mamparas y enciende el velon, que ya ha cerrado la noche; y tú, hijo mio, come algunas frutas, mientras yo descaoso cortos instantes, porque tengo que hablaros.

El viejo se recostó entonces en su silla de brazos y permaneció inmóvil hasta que Lisbeth corrió las mamparas, cerró las contraventanas, y habiendo atrancado la puerta de la habitación, le puso á cubierto del oído de un curioso, ó de la visita de un importuno.

—Sapajou, dijo entonces el viejo estrechando la mano del pajeillo, eres un joven excelente, pues que apenas vislumbra una fortuna, piensas en tu antiguo preceptor, en tu anciano amigo Guillermo, que no halla palabras con que espresarte su agradecimiento. En cuanto á tí, mi querida Lisbeth, como padre estoy obligado á velar por tu dicha y por tu porvenir; esa fortuna que se me presenta, por tí y solo por tí la ambicionaria, y sin embargo la rehuso.

—La rehusais! exclamaron los dos en el colmo de su admiración.

—Si, la rehuso, y como era un deber mio adquirirtela, hija mia querida, es preciso que te explique porqué la rehuso.

«Desde mi edad mas tierna cautivaron siempre mi atención las grandes obras y los fenómenos científicos, que aun no comprendia, y apenas llegué á la adolescencia, cuando el estudio de la mecánica y de los maravillosos resultados que por su medio podian obtenerse, fué mi única pasión, y aun puede ser mi única felicidad.

El ejemplo de Vaucanson, de Jacobo Droz, mecánico de la Casa de Moneda, en París, inflamaba mi imaginación, y queriendo alcanzar una parte de su gloria, me trasladé á París, que ha sido y será siempre el centro de las notabilidades artísticas y científicas. No me detendré á explicaros las maravillosas máquinas que inventé allí, pero basteos saber, que me dieron poca gloria y menos dinero... Aquí es preciso que os hable de dos personas queridas que todos hemos llorado!... De tu padre, Sapajou, de tu padre, el Barón de B... caballero tan noble de nacimiento como de corazón, y que me sostenia con su valor y su dinero en las empresas mas difíciles y costosas; de tu madre, Lisbeth, cuya santa y dulce amistad dulcificaba la punzante impresión que me hacian los frecuentes y dolorosos desengaños.

El barón, orgulloso con la habilidad de un paisano suyo, se esforzaba en darme á conocer, y su protección no me faltó nunca. Pero si tenia un protector, y podia contar con una amiga fiel, tenia tambien un enemigo cruel y pérfido; un enemigo que dormia y velaba conmigo, siempre á mi lado, abrigado bajo mi mismo techo; un enemigo que me acompañaba en todos mis trabajos, de quien nunca sospechaba y á quien nunca temia: ¡el orgullo! Cuando una de mis obras estaba completamente acabada, mi alegría se convertia en delirio, pero mi alma no elevaba nunca un pensamiento de gratitud al Eterno que me habia dotado de un génio tan profundo. No se trataba mas que de mí: en lu-



gar de admirar al que me inspiraba la composición de las máquinas, me admiraba de verme tan perfecto, tan capaz de crear, y mi pobre esposa contribuía en gran parte á mi desvario; y sin saber lo que hacía, sin querer tampoco enorgullecirme, venia con su admirable sencillez á exaltar mas y mas la culpable vanidad que alimentaba mi corazón de fuego. Su amor le hacia exagerar sin freno ni medida el mérito de mis invenciones, y cuando completa ya una máquina me veia ensayarla con éxito feliz, exclamaba llorando de alegría y contemplándome con veneración:

—Ah! Guillermo! Guillermo!... eres un génio.. un espíritu superior á los demas hombres! Y este sentimiento que en ella nacia de la virtud, en mí era una heregia, que me embriagaba como un veneno destructor.

Mi delirio llegó á su colmo, cuando al cabo de grandes vigiliás y experimentos logré realizar mi idea favorita, dando á mis autómatas el dón de la palabra. Ante ese mecanismo, que acababa de encontrar al fin, todos mis triunfos anteriores eran humo, y mi primer anhelo fué hacer venir á mi esposa para que oyese hablar á una cabeza de bronce que acababa de construir. Tu pobre madre, Lisbeth, estuvo á punto de morir de miedo, pero cuando le expliqué las combinaciones que acababa de poner en juego para obtener aquel resultado maravilloso, no encontraba palabras bastante halagüeñas, ni expresiones bastante enérgicas para explicarme todo lo que sentia, mirándome como á un sér sobrenatural.

—Si, le dije yo, enderezándome con un orgullo infernal, si quiero puedo ya crear un hombre completo... ; hème aqui igual á Dios!

—Ah! rompe, rompe tu obra! exclamó mi mujer espantada con aquella blasfemia, rómpela... tu orgullo nos perderá!

Yo estaba tan turbado, que no pude responder una palabra.

—Guillermo! continuó mi esposa, con voz solemne; Guillermo, créeme, ese autómata nos traerá muchas desgracias, porque las palabras que acabas de pronunciar fueron las mismas que precipitaron en los abismos al ángel favorito del Señor, y le convirtieron en ángel de tinieblas.

—Y esta escena está presente aqui (esclamaba el relojero golpeándose la frente) como si hubiese pasado ayer mismo. Yo trataba de tranquilizar á mi esposa, asegurándola que solo habia sido una chanza, pero ella no me escuchaba y gritaba deshecha en lágrimas.

—Guillermo! la desgracia se acerca á nuestra casa, y entrará.

No se engañaba por cierto: cuantos pasos di para vender mi maravilloso autómata fueron inútiles; el Gobierno, incitado por un ministro ignorante, rehusó comprarle; mi descubrimiento se hundió en el olvido, y agobiado de deudas, lleno de tristeza, y sobre todo, de remordimientos, hice pedazos mi obra maestra (*).

El Baron de B., á quien participé mi resolución de abandonar la mecánica, no se opuso á ella, y por el contrario, entonces fué, mi querido Leopoldo, cuando me ofreció el destino de ser tu preceptor. Acepté desde luego, le sigui á esta ciudad, donde fijó su residencia, y solo por muerte de tu padre alquilé esta tiendecita y me puse á componer muestrás y cuclillos.

Ello, tambien es mecánica, pero es preciso tolerar esta debilidad á un pobre vie-

(*) El sábio abate Mical habia llegado á inventar dos cabezas de bronce que hablaban por medio de un teclado. A causa de un informe de Mr. Lenoir, superintendente de policia, el gobierno se negó á comprarlas, y el desgraciado artista las destruyó, y murió pobre é ignorado en 1789.

jo, que ha pagado su falta demasiado cara.

Los dos jóvenes estaban vivamente enterrecidos á la vista de aquel hombre, que habia destruido por su mano la mas bella de sus esperanzas, y contemplaban su infortunio con tanto interés como lástima.

(Se continuará.)

TEATROS.

Solo el *Príncipe* ha ofrecido novedades desde nuestro anterior artículo. *Un capricho*, *Acertar por carambola*, y *El rey por fuerza*, fueron presentadas á la vez. La primera, traducida, no tiene juego mas que para una escena, y de seguro no habrá gustado tanto en Paris, porque no habrá tenido una Teodora que la realce. La segunda, del señor Bermejo, autor de la aplaudida comedia *Una llave y un sombrero*, agradó sobremanera por su enredo, por su verosimilitud, por su interés de actualidad, por sus chistes, y por su ejecucion, finalmente. Aquel dómine, tan dómine, de un pueblo de la Mancha, hace reventar de risa. Comenzando por su traje, *vera efigies* del que visten en los lugares las personas de otro siglo que no se acomodan á la moda, ni gastan el del pueblo, y concluyendo con la pesadéz natural de los que no conocen en las poblaciones cortas lo breve del tiempo para los que aquí vivimos, con la sencillez y credulidad propias de las personas de buena fé alejadas de este torbellino, no cabe representar mejor que lo hace el señor Calvo al maestro docto y antiguo del pueblo, ni su asombro en las distintas vicisitudes porque le hace pasar un *quid pro quo* divertidísimo. Va un Ministro con su secretario al pueblo de éste con objeto de que le nombren Diputado: sabe su llegada el dómine, y aprovecha la ocasion de presentarle el diseño y

plano de una máquina que há mucho inventó para surtir de aguas al vecindario. Va; se halla con el secretario, á quien ha enseñado; le habla del proyecto; su discípulo le ofrece recomendarle, y le invita vuelva para conferenciar con el Ministro: márchase el dómine, viene el alcalde, llamado por aquél para tratar de la eleccion, exige no poco por la del Ministro, y no creyéndose autorizado para tanto su secretario, le propone vuelva, en otro traje, y se entenderá con el Ministro. Pero llega primero el dómine, y prevenido que estaba el Ministro de la venida del alcalde, no de la suya, le recibe como es de presumir, y ahorrándole esplicaciones del asunto, le pregunta y le da el dinero necesario para llevarle á cabo. Lleno de gozo el proyectista por ver realizado el sueño dorado de toda su vida, se apresura á divulgar la proteccion que ha dispensado á su invento el Ministro, y encarga la obra, y adelanta gran parte de los dos mil duros que ha recibido á los que han de ejecutarla. Torna en tanto el alcalde, de tiros largos; descúbrese el *quid pro quo*; rabia el Ministro; le despide bruscamente; se afecta el de la máquina, y cuando se creia perdida la eleccion, recibe el candidato una manifestacion de los electores prometiéndole su voto, y manifestándole su reconocimiento por el beneficio que ha dispensado al pueblo. *El rey por fuerza* está favorecido colocándole entre las piezas; debe formar entre los sañetes.

Tambien habrá presentado anoche el mismo coliseo la tragedia nueva del señor Tamyó, titulada *Virginia*, de la que nada podemos decir, porque anoche se tiraba ya el *Album*. Por esta misma razon tampoco podemos hablar del éxito de *María di Roan*, ni de *Los perros del Monte de San Bernardo*.

MODAS.

Hay un poder incontestable en el mundo; una soberanía que á nadie rinde vasallaje; que reina sobre los corazones por el doble atractivo de la juventud y la hermosura; que tiene súbditos en todos los climas, y esclavos bajo todas las zonas; que asienta su trono en París, y desde este centro resplandeciente ilumina y subyuga al universo; que ostenta su magnificencia en los Kans de Damasco, en los bazares de Constantinopla, en los muelles de Calcuta; que pasea sus maravillas en el Campo grande de Pera, en las perspectivas de Newaki en San Petersburgo, en Broadway en Nueva-York, del mismo modo que en los bulevares de París, en los esquares de Lóndres, en las calles de Madrid; un poder, en fin, cuyos decretos no tienen apelacion; que se rie de las prohibiciones, de los cordones y de las aduanas; que á pesar del estado de guerra penetra en todas partes, lo mismo en el campo Ruso que en el Turco, y este gran poder, que dá cada dia la vuelta al mundo, es, lectoras mias, la Moda.

Este año la caprichosa autócrata no parece sino que acaba de llegar de Australia; tan desenfundado es su lujo. Las salidas de baile llevan bordados de oro; los sombreros de paseo adornos de flores de plata; y los vestidos dejan muy atrás en la magnificencia de sus tejidos y dibujos á todo lo mas lujoso y mas rico que hemos conocido.

Para poder comprender todas estas maravillosas creaciones de tejidos de seda, bien para trajes de reunion ó paseo, bien para baile, es necesario visitar detenidamente los grandiosos surtidos de los almacenes de Modas.

El moire antiguo, como tela lisa y distingui-

da, ha recobrado el favor que obtuvo en sus mejores tiempos: para traje de etiqueta se adornan de guipures, ó bien de entredoses de terciopelo negro, guarnecidos de blonda angosta. En estos moirés tambien los hay con rayas horizontales ó cuadros escoceses. Los droguets, los reps, los grós de Tours se reparten entre sí los honores del mostrador, y los diáfanos escaparates contienen cortes de vestidos que son verdaderos mosaicos de todos los tejidos que se conocen. Si el traje es de delantal ó de arabescos, las flores son de reps, cubiertas de un admirable bordado de la China, y sus ramajes de droguet sobre un fondo de grós de Tours liso.

Para trajes de baile las telas vienen todavia brochadas de oro y plata. Sobre grós de Tours blanco hacen un admirable efecto tres volantes á disposicion de flores á la turca con lama de oro. Los volantes con dibujos de estrellas, ó casetones de oro y plata siguen en favor.

Tambien son distinguidos para baile los vestidos con doble falda, de dos colores que se opongan bien. Por ejemplo, la primera de grós de Tours blanco, con rayas de raso bayaderas, y la segunda verde claro, enriquecidos en sus dibujos de todas las pedrerias y de todos los mágicos arabescos del Oriente.

A la suntuosidad de las telas se reune lo costoso y variado de sus accesorios; por todas partes festones, bordados, cintas y blondas: aun en los vestidos lisos, cuyas telas por lo fuertes no permiten volantes, ni otros adornos recargados, el buen gusto de una hábil modista coloca vueltas de cinta fruncida, ó de encajes, y lazos variados que los embellecen.

Los volantes siguen tambien el impulso caprichoso de la Moda: hay vestidos en que van alternados uno muy grande con otro muy pequeño. — *Aurora.*